

POSICIONES

El *impasse* de la política: del desnudamiento del cuerpo social a la nuda vida del “campo”, una lectura de la violencia espectacularizada en Venezuela contemporánea

The *impasse* of politics: from the stripping of the social body to the naked life of the “camp”, a reading of the spectacularized violence in contemporary Venezuela

ELEONORA CRÓQUER

(Venezuela)

Centro de Investigaciones Críticas y Culturales
Instituto de Altos Estudios de América Latina
Universidad Simón Bolívar
eleonoracroquerpedron@gmail.com

Resumen: Ante el horror que atraviesa los modos de sobrevivir en un territorio devastado, entre otras causas, por la ausencia radical de la política, y/o por la imposibilidad de remontar a través de ella, el *impasse* fundamental entre el antes y el después de la llamada “Revolución bolivariana”, que desde el principio supuso la fractura irreconciliable del tejido social en dos grandes grupos de “amigos” y “enemigos” en pugna, así como por su incapacidad de aportar alguna respuesta contundente al arruinamiento económico y moral del país que actualmente se impone entre las gentes como “sin otra salida posible que la diáspora”; y a propósito, en este sentido, de los efectos



corrosivos de cierto tipo de violencia entre “pirata” y “policial” (Benjamin: 1991) espectacularmente desplegada en Venezuela, en el marco de los enfrentamientos entre las fuerzas represivas orgánicas e inorgánicas del gobierno de Nicolás Maduro y algunos sectores radicalizados de la oposición civil entre 2014 y 2017, así como del enmudecimiento al que condujo tanto la brutalidad de su exceso como su banalización mediática... en el presente trabajo me detengo en una serie de imágenes significativas. Ampliamente difundidas en los medios y canales alternativos de comunicación, considero que ellas no sólo son relevantes por la manera en que llegaron a impactar tanto las subjetividades individuales como el espacio colectivo de la imaginación pública en el país, sino por lo que permiten pensar del tránsito de un desnudamiento simbólico y real del cuerpo social en Venezuela, al imperio de la “nuda vida” inscrita hoy entre el nosotros precario que vamos siendo en esta suerte de “campo” en el cual se ha convertido la Nación, con toda la crudeza de su manifestación anonadante e indigerible.

Palabras claves: Venezuela, impase de la política, violencia espectacularizada, desnudamiento, nuda vida, campo.

Abstract: In front the horror that goes through the ways of surviving in a devastated territory, among other causes, by the radical absence of politics, and/or by the impossibility of tracing through it the fundamental impasse between the before and after of the “Bolivarian Revolution”, that from the beginning supposed the irreconcilable fracture of the society in two great groups of “friends” and “enemies” in struggle, as well as for its inability to provide any conclusive response to the economic and moral ruin of the country that currently prevails among the people as “with no other possible solution than the diaspora”; and purpose, in this sense, of the corrosive effects of a certain type of violence between “pirate” and “police” (Benjamin: 1991) spectacularly displayed in Venezuela in the context of the clashes between the organic and inorganic repressive forces of the government of Nicolás Maduro and some radicalized sectors of the civil opposition between 2014 and 2017, as well as the muteness to which he led both the brutality of his excess and his media trivialization... in the present work I dwell on a series of significant images. Widely disseminated in the media and alternative channels of communication, I consider that they are not only relevant because of the way in which they came to occupy both the individual subjectivities to which they impacted as well as the space collective of the public imagination of the Venezuelans, but by what they allow to think of the transit of a symbolic and real nakedness of the social body in Venezuela, to the empire of the

“naked life” inscribed today among the precarious us that we are being in this kind of “Camp” in which the Nation has become, with all the crudeness of its annihilating and indigestible manifestation.

Keywords: Venezuela, impasse of politics, spectacularized violence, naked, naked life, camp.

La violencia no se practica o tolera ingenuamente
Walter Benjamin. “Para una crítica de la violencia”

Como puso de manifiesto Walter Benjamin en su complejo ensayo de 1921, “Para una crítica de la violencia”, la cuestión de la violencia en la cultura no es fácil de dilucidar. Por ello, resolverla rápidamente y de manera en apariencia inocente es, cuando menos, un acto de deshonestidad y/o de desconocimiento irresponsable, cínico y/o banal, que poco aporta a su crítica; es decir, a su problematización imprescindible... Porque podríamos coincidir en afirmar que su contundencia, la contundencia radical y traumática de su expresión en todos los órdenes de la vida social y personal en los que irrumpe, involucra una ineludible implicación subjetiva. O, si se quiere, la asunción de algún tipo de posición ética y/o política seria y autoconsciente por parte del sujeto que la “practica” o que la “tolera” –nunca de manera “ingenua” y jamás gratuitamente. Así, pues, en un principio, como bien apunta Jacques Derrida en la lectura que le dedica a este texto al interior de su libro *Fuerza de Ley* (1997), para Benjamin, “[e]l concepto de violencia pertenece al orden simbólico del derecho, de la política y de la moral, al de todas las formas de *autoridad* o de *autorización*, o al menos de pretensión a la autoridad. Y es sólo en esta medida como ese concepto puede dar lugar a una crítica” (83; énfasis del autor). En este sentido, cuando pensada desde el punto de vista del derecho, y respecto de cierta diferencia política entre las fuerzas heterogéneas en pugna que integran lo social, y que dirimen a través de ella los términos de su legitimidad, una primera distinción se impone: existen una violencia fundadora y una violencia conservadora de derecho. La primera, fundadora, en el origen; la segunda, conservadora, en el tiempo de su consumación... ambas violencias políticas están dirigidas a instaurar y/o a

sostener una determinada situación del sujeto y del grupo que lo representa como tal respecto del poder. Y, como añade Derrida, ello supone en sí mismo una zona de contagio, de desplazamientos, donde algo del orden de la conservación pulsa ya en la propia violencia que, apenas después del momento convulso de su acontecimiento fundacional, revolucionario, idea las formas de su consolidación futura como fuerza de ley.

En otra dimensión se inscribe, sin embargo, y al margen del derecho, de la política y de la moral, la “violencia pirata” del truhán, que funciona como “un mero medio para asegurar un deseo discrecional” (Benjamin, 1991: 28). Se trata, en este caso, de una violencia “totalmente inútil para fundar o modificar circunstancias de modo relativamente consistente” (28). Y, asimismo al margen, la violencia de la policía, “violencia espectral”, como dice Derrida siguiendo de cerca a Benjamin, e “innoble”; toda vez que “bajo su autoridad se suspende (o se releva) la distinción entre violencia fundadora de derecho y violencia conservadora de derecho” (Derrida, 1997: 107). Para Benjamin, desde esta perspectiva, recordemos

[e]l ‘derecho’ de la policía indica sobre todo el punto en que el Estado, por impotencia o por los contextos inmanentes de todo orden legal, se siente incapaz de garantizar por medio de ese orden, los propios fines empíricos que persigue a todo precio. De ahí que en incontables casos la policía intervenga ‘en nombre de la seguridad’, allí donde no existe una clara situación de derecho, como cuando, sin recurso alguno a fines de derecho, inflige brutales molestias al ciudadano, a lo largo de una vida regulada a decreto, o bien solapadamente lo vigila (32).

Al margen del derecho, de la política y de la moral, entonces, y, por ende, de cualquier crítica posible a lo que supone como fuerza de ley, lo que se impone en este tipo de violencia es la brutalidad de un exceso irrepresentable. Por ello, la violencia expresada en estos términos no puede conducir más que al trauma; y, en consecuencia, al enmudecimiento que sólo el decir veraz del testigo es capaz de quebrar.

De cara a la Venezuela contemporánea, y a los extremos a los que llegaría la abierta confrontación fratricida en el país después de la muerte de Hugo Rafael

Chávez Frías y de la consecuente deposición del “Ideal” revolucionario que encarnara, la discusión abierta por Benjamin a principios del siglo xx, y continuada por Derrida en medio de la crisis del estado-nación que marca el tránsito complejo de Occidente hacia el xxi, me permite formular un punto de partida para aproximarme a una serie de imágenes significativas respecto del *impasse* de la política en el país, de la nefasta espectacularización de una violencia entre “pirata” y “policial” y de su no menos corrosiva captura mediática; espectacularización y captura mediática que no sólo han hecho a su síntoma fundamental, sino que lo han proyectado hacia el futuro como “sin otra salida posible que la diáspora”. En efecto, a raíz del vacío de liderazgo –y de articulación social y política– que supuso la desaparición del líder populista del escenario público nacional, Venezuela quedó atrapada en el crudo enfrentamiento asimétrico, el enfrentamiento desnudo entre los dos grupos de “amigos” y “enemigos” de la “Revolución”, que la figura de Chávez había mantenido en una tensa polaridad contenida durante los quince años de su mandato. Y esta situación se tradujo en el cínico despliegue espectacular de una violencia por completo ajena al sentido de la política, que la “oposición” afrontó de manera frívola y banal saturando los medios y canales alternativos de comunicación, en aras de su propia y desquiciada apuesta por una intervención internacional “sanadora”.

Una primera manifestación de esta perversión de la política ocupó espectacularmente a los venezolanos durante el 2014, a consecuencia de la ofensiva de “desconocimiento” de las elecciones que pocos meses atrás habían llevado a Nicolás Maduro a la Presidencia de la República, por parte de tres líderes de “oposición” –Leopoldo López, María Corina Machado y Antonio Ledezma–. Las autodenominadas “Guarimbas”, en esa oportunidad, abrieron la puerta para la expresión de una violencia descarnada entre “oficialistas” y “guarimberos” en los principales centros urbanos del país, donde parecían realizarse en lo real las fantasías sembradas por el discurso fóbico –no sólo de adscripción partidista, sino de clase y racial– que durante años había caracterizado la posición pública de unos y otros actores de la política nacional.

Una segunda, sucedió en 2017; pero esta vez desde circunstancias inversas: como respuesta a la provocadora y anticonstitucional irrupción del Tribunal Supremo de Justicia en los predios de la Asamblea Nacional legítimamente

constituida por la voluntad de una mayoría electoral en diciembre de 2015. Las diferencias fueron importantes, sin duda, entre una y otra situación, y el tiempo transcurrido no había sido en vano. Ante el llamado de los líderes de oposición, la gente ocupó las calles en defensa de una Asamblea Nacional intervenida para favorecer las negociaciones ilícitas del gobierno sobre los bienes naturales de la Nación y la coyuntura permitió también la expresión de un descontento generalizado en el país frente al caos económico y político que había vuelto imposibles las condiciones básicas de una cierta ciudadanía. Como fuera, los enfrentamientos derivaron en un tipo de violencia desigual y cruenta en la que el sector estudiantil ocupó un papel protagónico; el odio entre las gentes alcanzó niveles inmanejables y el espectáculo de la violencia fratricida saturó de nuevo de imágenes indigeribles los medios y canales alternativos de comunicación. Lo que se impuso después de tal violencia espectacularizada y de su compulsiva captura mediática fue el silencio; un silencio mortífero que hoy acompaña espectralmente la “nuda vida” de los venezolanos –“amigos” y/o “enemigos”, por igual–, en esta suerte de “campo” que supone el estado de excepción instalado en el país como ausencia radical de garantías políticas y económicas mínimas para la supervivencia.

Primera imagen, un ejercicio de memoria visual... (Venezuela, abril de 2014)

Allí donde domina lo espectacular concentrado, domina también la policía
Guy Debord. *La sociedad del espectáculo*



Imagen 1

La primera imagen que traigo a colación aquí muestra a un estudiante golpeado, desnudado, amarrado y obligado a atravesar la Plaza Rectoral de la más importante universidad autónoma del país: la Universidad Central de Venezuela, en Caracas. Y refiere a una de las tantas noticias desconcertantes que capturaron –grabadas como al acaso no se sabe bien por quién, y cada una en el breve momento de su circulación pública– la atención de los venezolanos en abril de 2014.

En principio, el hecho vejatorio y aleccionador, entre gratuitamente humillante y “correctivo”, fue atribuido a “bandas armadas afectas al oficialismo”; esa suerte de “fuerza de choque” jamás del todo identificada que funciona como “policía inorgánica” del partido de gobierno cuando acompaña a los cuerpos represivos del Estado en cada nuevo episodio de confrontación, y en la que tiende a concentrarse fundamentalmente la denuncia opositora. Más allá de esto, en efecto, poco se dijo en ese momento acerca de la gravedad simbólica y real del acontecimiento que allí se había hecho evidente: el desnudamiento del manifestante estudiantil en el campus universitario, y la puesta en escena de una violencia por completo pulsional que este suponía contra el estudiante y contra la institución: una violencia ajena al sentido de la política y exenta de toda responsabilidad jurídica. Y, desde esta perspectiva, el ejercicio de un poder aniquilador, afecto a las “jugarretas” del “*happy slapping*” de las bandas juveniles neofascistas en los países de tradición anglófona, como esas que ha descrito incisivamente Michela Marzano (2010), frente al cual el ímpetu de la protesta –un ímpetu sin formación política sólida, podría pensarse quizá, pero no por ello ilegítimo– quedaba apresado en el espectáculo de su propia impotencia.

En el suceso no sólo resonaban los ecos de una fantasía más bien propia del ámbito de lo privado, sino que en él se develaban los estragos que esa fijación malsana de una política coagulada en la polarización maniquea del “amigo-enemigo” es capaz de causar en las subjetividades que dirimen a partir de ella sus diferencias ideológicas, raciales y de clase; y, en consecuencia, en la vida social entera de una nación.

Aunque no verbalizada como tal, la respuesta se produjo de manera casi inmediata y espontáneamente entre algunos grupos estudiantiles que se desnudaron entonces ante las cámaras en una serie de fotografías tipo carnet con el gesto pudo-

roso de salvaguardar entre las manos sus órganos genitales de la sobreexposición visual al “Otro”. Y, fuera o no interpretada como una reacción inconsistente, esa respuesta daba cuenta en efecto del malestar significativo suscitado por la violencia vejatoria de la violación a que había sido sometido su compañero de lucha.

Por ello, y con la intención de manifestar su “solidaridad” respecto de la víctima de la agresión al mismo tiempo “pirata” y “policial”, el desnudamiento de estos jóvenes estaba tratando de politizar la escena a la que contestaba visualmente. El gesto de salvaguarda del pudor tenía allí un sentido pleno; y la pose alusiva a la captura administrativa de la imagen “tipo carnet” del propio cuerpo marcaba bien el abuso del desnudamiento con el cual se había inscrito la voluntad de dominación y la fuerza cruda del agresor en el cuerpo estudiantil violado.



Imagen 2

Lamentablemente, no hubo un discurso agudo que acompañara a la imagen visual y ayudara a elaborar la potencia política de su sentido. Y la lógica banal del espectáculo se impuso a continuación de manera avasallante. La opinión pública, en lugar de remontar la atrocidad del episodio a través de una reflexión seria y responsable como la que merecía semejante brutalidad represiva –en lo simbólico y en lo real–, actuada sobre el cuerpo así despojado de dignidad –y de autonomía– del manifestante estudiantil en el recinto de una universidad autónoma, se dispó en la liviandad que le es propia.

Y la respuesta política de los estudiantes desencadenó, más bien, entre gran parte de los venezolanos “opositores” de una clase media gestada en los tiempos de la opulencia petrolera y de un discurso puesto al servicio de la confrontación mediática durante demasiados años, una suerte de “celebración festiva” del cuerpo “desnudado”, que no dejaba de recordar los frívolos y en muchos sentidos cuestionables coqueteos con las estéticas del exterminio del fotógrafo norteamericano Spencer Tunick, y de la paradójica “liberación” de los cuerpos que se disponen voluntariamente al servicio de sus fantasías individuales en todas partes del mundo. Muchas personas comenzaron a desnudarse, a fotografiarse desnudas y a deambular por distintas calles y avenidas del país, como se habían desnudado gozosas cuando Tunick les propuso fotografiarlas abandonadas en el suelo ante la estatua del Libertador frente al Palacio de Justicia en 2006 o de rodillas entre las torres del Centro Simón Bolívar, invitado por el entonces Ministro del Poder Popular para la Cultura Farruco Sesto, según quedó registrado en las fotografías luego adquiridas por el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas (Cróquer, 2015).



Imagen 3



Imagen 4

De igual modo se desnudaron, por supuesto, algunas personalidades relevantes de la farándula nacional, que vieron en el hecho una oportunidad para acrecentar su fama. Y el propio fotógrafo Spencer Tunick, protagónico y glorioso, ahora del lado de la “oposición”, no desperdició el instante para tomar alguna que otra fotografía de los venezolanos que celebraban su desnudamiento con la bandera de Venezuela estampada en el rostro en tanto que única seña de identidad, y los brazos extendidos hacia el cielo, como quien espera algún reconocimiento gratificante por el espectáculo concedido, alguna redención milagrosa o una salvadora intervención.



Imagen 5

La burla despiadada de José Roberto Duque y del equipo de jóvenes periodistas que integraba en ese momento el espacio comunicacional “oficialista” de Misión Verdad no se hizo esperar. El 9 de abril de 2014, en un apartado referido a “la guerra en Venezuela”, la página publicaba un hilarante, malintencionado e irresponsable texto titulado “La protesta más seisi [sic] de la historia. Top 10: los desnudos guarimberos más incómodos y aterradores”. Los términos eran insultantes, sin duda; y el sesgo de la lectura, tan frívolo e inconsistente como el que parecía haberse impuesto al respecto entre los grupos opositores del país. De esta manera, en lugar de cuestionar lo que era de por sí cuestionable –el exceso pulsional de la violencia represiva y su gravedad respecto de una vida posible en el país–, el texto hincaba la tinta contra el gesto político de pudor a través del cual los estudiantes, en protesta legítima, estaban defendiendo en lo simbólico tanto el valor de su autonomía como la integridad de su cuerpo vejado a través de la vejación del estudiante agredido en lo real:

¿Quién dijo que tumbar al Gobierno Bolivariano no es una acción demasiado *nice*, demasiado *cool*, demasiado de vanguardia-tú-sabes, demasiado osea?

¿Quién dijo que la protesta era propiedad exclusiva de encapuchados y paracos, cacerolas y armamento letal? ¿Quién fue el intolerante que dijo que solo la capucha servía para ser subversivos?

La belleza del cuerpo humano es algo que seguramente todos apreciamos de forma indiscutible, por ello la desnudez que se expresa con naturalidad no es despreciable en ningún sentido, salvo este.

Al parecer de esto se trata la nueva protesta asumida desde las filas escuálidas: “El rrrrégimen nos tiene al desnudo, a la intemperie, desprotegidos”. Pero no, no causa lástima sino unas cuantas carcajadas y en algunos casos una especie de repulsión inevitable. ¿Por qué Nixon Moreno no pensó en esto en sus días de gloria?

Ya no portan cartelitos donde desbordan toda su genialidad y hacen gala de su orgullosa herencia cultural, esta protesta fue diseñada para Semana Santa, al estilo de la guarimba playera del carnaval, ahora se despojan de sus ropas para intentar mostrarse vulnerables ante la opinión pública nacional y sobre todo internacional. Faltó Robert Alonso.

Una pregunta incómoda, llegados a este punto: ¿Contra qué era que protestaban?

En el número 63 de los aforismos que reúne bajo el título *La sociedad del espectáculo*, Guy Debord afirma categórico: “Lo que las oposiciones del espectáculo ocultan es la *unidad de la miseria*” (Debord, 1999: 67) ... Y, salvando todas las distancias que inscriben su crítica a las sociedades de la opulencia en la Europa democrática de las últimas décadas del siglo xx, bien podríamos pensar que lo que la confrontación espectacular ocultaba en el caso de la Venezuela contemporánea es lo que nos reúne ahora en la experiencia generalizada –e insoportable– de nuestra propia miseria. La Venezuela de la bonanza petrolera, que es esa misma Venezuela de la imposibilidad de la política, es también el país de la miseria extendida a todo nivel: miseria de una economía en ruinas; miseria de una legalidad tramposa; miseria de una dirigencia política irresponsable y ruin; miseria de una sociedad de subjetividades sumidas en la satisfacción primaria de sus pulsiones más inmediatas. “Lo espectacular concentrado”, añade Debord a continuación, “pertenece esencialmente al capitalismo burocrático, aunque puede importarse, como técnica

de poder estatal, a economías mixtas más retrasadas o, en ciertos momentos críticos, al capitalismo más avanzado” (67). Y ante esa afirmación concluye tajantemente: “Allí donde domina lo espectacular concentrado, domina también la policía” (68).

Segunda imagen: la exposición de sí y/o la performance de la impotencia política... (Venezuela, abril de 2017)

Entonces se pudo constatar que las gentes volvían mudas del campo de batalla. No enriquecidas, sino más pobres en cuanto a experiencia comunicable. Y lo que diez años después se derramó en la avalancha de libros sobre la guerra era de todo menos experiencia que mana de boca a oído. No, raro no era. Porque jamás ha habido experiencias, tan desmentidas como las estratégicas por la guerra de trincheras, las económicas por la inflación, las corporales por el hambre, las morales

por el tirano

Walter Benjamin. “Experiencia y pobreza”



Imagen 6

En el marco de los enfrentamientos fratricidas entre diversos sectores de la sociedad civil venezolana, grupos estudiantiles, cuerpos represivos del Estado, fuerza

inorgánicas de choque afectas al gobierno y agentes paramilitares de filiación diversa ocurridos en Venezuela entre abril y julio de 2017, a raíz de la arbitraria intervención del Tribunal Supremo de Justicia en la Asamblea Nacional legítimamente constituida por la voluntad de una aplastante mayoría electoral en diciembre de 2013, y en medio del espectacular despliegue de la violencia “espectral” de la Policía Nacional Bolivariana contra la marcha convocada en Caracas por la oposición para el jueves 20 de abril de 2017, se produjo un acontecimiento anonadante que de alguna manera traía de nuevo a la escena del debate público nacional la imagen atroz de un desnudamiento: “Este jueves 20 de abril, un joven manifestante que participaba en la marcha opositora en Caracas, se desnudó en plena calle para pedir a los funcionarios de los cuerpos de seguridad el ‘cese de la represión’”. El episodio, bien interpretado por la reportera de la plataforma *Caraota digital*, Tabatha González, como un “inusitado método de protesta” fue impelido por los funcionarios de la Policía Nacional Bolivariana con una ráfaga inclemente de perdigones que, como documento del propio autoritarismo desconcertado por semejante gesto de indefensión, imprimieron su lacerante brutalidad sobre la espalda desnuda del opositor irreverente.



Imagen 7

Pocas horas después, en la transmisión en cadena vespertina del Presidente Nicolás Maduro desarrollada ese mismo día, el patético mandatario nacional –cada

vez más evidentemente incapaz de dar una respuesta política al *impasse* que, por segunda vez en su periodo de gobierno, tendía a convertirse en una suerte de guerra civil asimétrica y desgarradora— no hizo más que burlarse de lo que a sus ojos había sido un “show” desplegado por el joven en cuestión, como fue referido por una nota publicada en el periódico *El Nacional*. Por su parte, a los dos días de sucedido el acontecimiento terrible —es decir, el horror de la ráfaga de perdigones descargada por la Policía Nacional Bolivariana sobre la espalda indefensa y desnuda del estudiante expuesto, en el gesto desesperado de esa impotencia política hoy compartida por gran parte de los venezolanos—, la “sentimental” nota publicada en Facebook por una profesora de Comunicación Social de la Universidad Santa María —Juymar García— lo convertía en la víctima del mediático “acto sacrificial” que había circulado ampliamente por las redes durante esos días. Y ello no sin dejar de subrayar al paso su propia interpretación mística y religiosa de la Biblia que el estudiante llevaba en una de sus manos, ni de desconocer por completo la bomba lacrimógena que con valor había atajado con la otra. Lo que quedaba por fuera de esa lectura, por supuesto, incapaz de articularse como la respuesta potente que tenía que haber sido, era la desesperación del joven —y su impotencia justificada, su impotencia política—, frente a la evidente asimetría del enfrentamiento entre la marcha de los manifestantes y el enorme contingente policial dispuesto espectacularmente por el gobierno para reprimirla.

A continuación, el texto fue publicado en *Caraota digital* a partir de un encabezado que más parecía un obituario que un reconocimiento a la dimensión política de la lucha en la cual se inscribía la acción excepcional del joven. Se trataba allí, en efecto, más que de aportar algún tipo de comprensión crítica y/o de legibilidad ante lo “excedido” del hecho, de rendir un “Homenaje a todos los jóvenes valientes de Venezuela”. Y de difundir, como una apelación a la sensibilidad, la imagen de “un héroe que, al desnudo, como Dios lo trajo al mundo y con la biblia en la mano, no recibió trato humano”:

A pocos días de proclamar Aleluya, aleluya, Cristo resucitó, después de orar como todos los días Hans salió a la convocatoria, contaba sus pasos desde la plaza hasta su destino final, uno, dos, tres, diez, mil, mil diez, atuendo ligero, koala a la espada y una sola consigna ¡YA BASTA!

Llegó a la autopista y respiró, se sumó a los correteos de aquí para allá, de allá para acá, biblia en mano y no pensó... Comenzó a desnudarse, a demostrar que no tenía nada, representación perfecta del pueblo que hoy somos, ese que lo ha perdido todo, y así caminó hacia el verdugo, como a Cristo lo flagelaron, sus costillas se encrespaban de dolor, su voz se hacía más triste mientras pedía: “no más, hermano, no más... Yo me voy tranquilito, pero no más” ...

Mientras el mundo veía la imagen mi corazón lloraba, y lo reconocí, grité es mi alumno, coño es Hans, es mi alumno, carajo que arrechera, Dios protéjelo, no sueltes la biblia, le gritaba yo a la pantalla, no la sueltes por favor. Después comencé a recordarlo en su pupitre, pensativo y soñador, sonriente y callado, preguntándome cosas desde su extrema humildad y de esa bondad desbordada. El muchacho desnudo tiene nombre, se llama Hans y es mi alumno.

No estamos frente a ningún loco, quienes crean ese absurdo y oscuro cuento de su locura, están más cerca de ella que mi muchacho desnudo, se llama Hans y es mi alumno.

Harto, obstinado, acabado y desprotegido, sin comida, sin medicinas, sin vida social activa y sin oportunidades, haciendo grandes esfuerzos para lograr su título, caminando del cuarto al metro, del metro al bus, del bus al campus, del campus al bus, del bus al metro, del metro al cuarto, del cuarto a la oración.

Frente al acontecimiento horroroso encarnado en el cuerpo del estudiante Hans Wuerich y la legitimidad de su reacción intempestiva ante la impotencia política de no sentirse escuchado ni representado por los agentes de un gobierno sordo y ciego al malestar cada vez más hondo de las gentes, tanto la risa del gobernante como el llanto de la maestra tendían a leer en términos de espectáculo lo que por derecho merecía ser pensado de otra manera. No se trató allí de un “show” cualquiera, como expresó días después el propio Wuerich, y, por lo tanto, no eran “aplausos” ni “homenajes” lo que correspondía responder al estudiante que allí encarnaba la experiencia de un amplio nosotros. No. Otro discurso –y otra mirada, otro nivel de conciencia y otra posición– merecía ese cuerpo marcado ante la verdad que ponía en evidencia su presencia en las calles. Ese cuerpo de estudiante desnudado, como el que en el pasado había sido golpeado, desvestido y atado, que reclamaba como podía la escucha del Estado que lo reprimía con gases y perdigones. Ese cuerpo

desprovisto de cualquier garantía política y económica de supervivencia, que allí representaba lo que pronto sería el común de la nuda vida en el “campo” de los venezolanos, ante la voracidad de un poder de Estado excedido en sus funciones e hipertrofiado en el espectáculo obscuro de su poder.

“¿Qué es un campo?”, se pregunta Giorgio Agamben en un pequeño texto publicado originalmente en enero de 1995 (4 [53]). Y responde, a continuación: “El campo es el espacio que se abre cuando el estado de excepción *comienza a devenir la regla*. En ese momento, el estado de excepción, que era esencialmente una suspensión temporal del ordenamiento, adquiere un orden especial permanente que, como tal, permanece, sin embargo, constantemente fuera del ordenamiento normal”. Desde esta perspectiva, y en tanto los habitantes del campo están “desprovistos de todo estatuto político y reducidos integralmente a una vida desnuda”, para Agamben, el campo puede ser pensado como “el paradigma mismo del espacio político, en el punto en que la política deviene biopolítica y el homo sacer se confunde virtualmente con el ciudadano”. “Si esto es verdad”, concluye Agamben, “si la esencia del campo consiste en la materialización del estado de excepción y de la consiguiente creación de un espacio para la vida desnuda como tal, deberemos admitir, entonces, que nos encontramos virtualmente en presencia de un campo cada vez que una estructura así se crea, independientemente de la entidad de los crímenes que allí se cometan, y cualesquiera sean su denominación y su topografía específica” (6-7 [53]). Para el autor, la “localización dislocante” que es el campo constituye la *distrófica matriz superviviente* que se verifica allí donde el estado-nación moderno ha hecho crisis definitiva como forma de organización política de lo social.

¿Y qué puede ser, si no un campo, un espacio del cual ha sido expropiada toda forma de ciudadanía?, podríamos preguntarnos nosotros de cara a la Venezuela contemporánea. ¿Qué otro término podemos utilizar frente a esta crisis radical del estado-nación que, en nuestro país, supone la conversión del territorio nacional en cárcel y/o desierto, y el sometimiento de la vida social en norma, a través de las prácticas delincuenciales de un Estado que hace de la satisfacción perversa de sus pulsiones la *mecánica siniestra* de una ejecución postideológica?... En 1933, poco después de los acontecimientos traumáticos de la Primera Guerra y poco antes de que los horrores de la Segunda clausuraran para siempre las fantasías de modernidad y progreso que habían acompañado el nacimiento de cuando menos cierto siglo xx, Walter Benjamin escribe su breve y contundente ensayo “Experiencia y pobreza”. Comienza su reflexión con una afirmación categórica: ante ciertas

experiencias, “tan desmentidas como las estratégicas por la guerra de trincheras, las económicas por la inflación, las corporales por el hambre, las morales por el tirano”, no es el relato ni la elaboración discursiva lo que sobreviene, sino un mortífero enmudecimiento de lo subjetivo. El enmudecimiento de un sujeto que no tiene ya palabras para nombrar la violencia de lo que excede a su propia capacidad de comprensión.

De cara al futuro, una consideración final

Para terminar con el horror se necesita la avanzada de una política que integre lo que cortó su ausencia

Alain Badiou. *¿Se puede pensar la política?*

¿Cómo imaginar, entonces... y/o desde dónde comenzar a remontar, no solo la oscuridad del presente en la Venezuela contemporánea, sino un futuro posible para este país desde hace demasiado tiempo cautivo en el impase mortífero de su desgaste en el gasto? Porque lo que no podemos más es desconocer que la violencia concentrada en la confrontación pública de las fuerzas a través de la estrategia del impase espectacularizado que nunca se resuelve, es también el síntoma evidente de la ausencia de una política capaz de articular un común entre las gentes, cuya violenta manifestación se padece a diario en lo real. Es decir, en el gasto y el desgaste económico, social y subjetivo que se expresa como obstáculo en todos los órdenes de la vida nacional e individual.

En una pequeña serie de conferencias titulada *¿Se puede pensar la política?* (2007), el filósofo Alain Badiou propone una diferenciación intencional entre las ficciones de dos escritores rusos contrarios a la dominación totalitaria de Stalin, y a los modos en que se manifestó: Solyenitsyn y Shalamov. “La vía política de Solyenitsyn”, afirma,

está por cierto trazada en el odio a Stalin. Pero el lugar de ese odio, lo que funda que haya una posibilidad y capacidad creadora del odio, no se desplaza. Solyenitsyn y Stalin piensan por igual a partir del nacionalismo ruso, siempre retomado en una sublimación populista, en el que la figura de un Gran

Inquisidor, en el centro de una tempestad de sufrimientos, constituye el estigma de una salud superior a aquella de la que es capaz Occidente, instalado cómodamente en su éxito y en su paz (22).

Por el contrario, lejos de concentrarse en la figura del líder y en la idea redentora o destructora de su conducción ejemplar, la escritura de Shalamov se ocupa en proponer el “carozo duro de una ética”. Así,

[h]asta el aislamiento geográfico de la *Kolyma* [...] contribuye a provocar la extraña impresión de que se encara una utopía al revés. Pues el lector olvida progresivamente que se trata de la política, del Estado, de crímenes centralizados, para encerrarse en un mundo completo, donde todas las diferencias, ramificadas y profundas, de la conciencia y el comportamiento, son llevadas a lo esencial. Punto en el que toma el camino posible de otra percepción de la verdad política en sí (24-25).

En este sentido, para Shalamov, “el crimen de Stalin consiste menos en los campos en sí que en el haberles dado en ellos poder y libertad a los truhanes, porque frente a estos no hay conciencia colectiva ni principios firmes. Ese es un punto crucial: para Shalamov, no es la política, sino su ausencia, lo que hizo posibles los campos. No su ausencia estatal, sino su ausencia subjetiva” (26). Y, en este sentido, lo que los relatos de Shalamov le permiten afirmar a Badiou es que “[p]ara terminar con el horror se necesita la avanzada de una política que integre lo que cortó su ausencia” (27).

“Una política que integre lo que cortó su ausencia” significaría, en la Venezuela contemporánea, una política capaz de fortalecerse de nuevo, desde las bases, en el *ethos* verdaderamente revolucionario de su legítimo deseo de emancipación y de cambio. Una política que, anclada en su capacidad de interpelar a la subjetividad de las gentes, y precisamente “en nombre de las víctimas”, más allá del horror de su utilización fetichizada, sea capaz también de inventar los términos de su “no inocencia”. Es decir, de su posición consciente y responsable frente a las atrocidades de lo vivido en lo real y a la potencia fundacional de lo por venir.

Bibliografía

- Imagen 1:** “Estudiante es golpeado y desnudado dentro de la UCV”. *Blog Informativo Valencia Hoy* [en línea] <http://valenciainforma.obolog.es/estudiante-golpeado-desnudado-dentro-ucv-fotos-3-4-2014-2342080> (consulta 4 de abril de 2014).
- Imagen 2:** “Venezolanos se desnudan en solidaridad con estudiante agredido” [en línea] <http://elcomercio.pe/amp/mundo/latinoamerica/venezolanos-se-desnudan-solidaridad-estudiante-agredido-noticia-1721293> (consulta 8 de abril de 2014).
- Imagen 3:** Spencer Tunick. Fotografías realizadas en Caracas. Museo de Arte Contemporáneo, 2006 [en línea] <http://masdearte.com/centros/museo-de-arte-contemporaneo-de-caracas-sofia-imbert/> (consulta 22 de febrero de 2014).
- Imagen 4:** Spencer Tunick. Fotografías realizadas en Caracas. Museo de Arte Contemporáneo, 2006 [en línea] <http://masdearte.com/centros/museo-de-arte-contemporaneo-de-caracas-sofia-imbert/> (consulta 22 de febrero de 2014).
- Imagen 5:** “Con su arte al desnudo, Spencer Tunick apoya a Venezuela”. *El Diario de Caracas* [en línea] <https://diariodecaracas.com/gente/su-arte-al-desnudo-spencer-tunick-apoya-venezuela-foto> (consulta 22 de febrero de 2014).
- Imagen 6:** Giulia Ortiz. “¡Sin reservas! Mire cómo un joven desnudo se enfrentó a la GNB” [en línea] <https://www.reporte1.com/isin-reservas-mire-como-un-joven-desnudo-se-enfrento-a-la-gnb-videos/> (consulta 20 abril de 2017).
- Imagen 7:** Giulia Ortiz. “¡Sin reservas! Mire cómo un joven desnudo se enfrentó a la GNB”. [en línea] <https://www.reporte1.com/isin-reservas-mire-como-un-joven-desnudo-se-enfrento-a-la-gnb-videos/> (20 de abril de 2017).
- Agamben, Giorgio (1995).** “¿Qué es un campo?”. Consultado en versión digital <<http://www.mercaba.org/SANLUIS/Filosofia/autores/Contempor%C3%A1nea/Agamben/>>, el 26 de marzo de 2017.
- Badiou, Alain (2007). *¿Se puede pensar la política?* Buenos Aires: Nueva visión.
- Benjamin, Walter (1933).** “Experiencia y pobreza” [en línea] <<https://semioticaenlamla.files.wordpress.com/2011/09/experienciabenj.pdf>> (consulta 26 de marzo de 2017).
- (1989). “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”. *Discursos Interrumpidos*. Madrid: Taurus.
- (1991). “Para una crítica de la violencia”. *Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus.
- Cróquer, Eleonora (2015). “‘Formar figuras con cuerpos vivos’: Spencer Tunick y el obscuro espectáculo del desnudamiento (Venezuela, 2006)”. En Duno-Gottberg, Luis (Coord.). *La política encarnada. Biopolítica y cultura en la Venezuela bolivariana*. Caracas: Equinoccio.
- Debord, Guy (1999). *La sociedad del espectáculo*. València: Pre-Textos.
- Derrida, Jacques (1997). “Nombre de pila Benjamin”. *Fuerza de Ley*. Madrid: Tecnos.

García, Yuymar. “Se llama Hans Werich y es mi alumno”. *Caraota digital*. 22/04/2017 [en línea] <<http://www.caraotadigital.net/opinion/se-llama-hans-wuerich-y-es-mi-alumno-por-juymar-garcia/>> (consulta 3 de abril de 2014).

González, Tabatha. “Manifestante se desnudó para exigir cese de la represión”. *Caraota digital* [en línea] <http://www.caraotadigital.net/nacionales/manifestante-se-desnudo-para-exigir-cese-de-la-represion-video> (consulta 20 de abril de 2017).

Marzano, Michela (2010). *La muerte como espectáculo*. Barcelona: Tusquets.

Redacción. “Bandas armadas golpean y desnudan a estudiante en la UCV”. *NotiActual.com*. [en línea] <<http://www.notiactual.com/bandas-armadas-golpean-y-desnudan-a-estudiante-en-la-ucv-foto-video/amp/>> (consulta 3 de abril de 2014).

Redacción EC. “Venezolanos se desnudan en solidaridad con estudiante agredido”. *El Comercio* [en línea] <<http://elcomercio.pe/amp/mundo/latinoamerica/venezolanos-se-desnudan-solidaridad-estudiante-agredido-noticia-1721293>> (consulta 8 de abril de 2014).

Redacción. “Habla joven que se desnudó. ‘Quería hacer sentir ante el mundo la tragedia humanitaria’”. *Contrapunto.com*. 2 [en línea] <<http://contrapunto.com/noticia/habla-joven-que-se-desnudo-queria-hacer-sentir-ante-el-mundo-la-tragedia-humanitaria-133024/>> (consulta 26 de abril 2017)

Redacción. “La protesta más seisi de la historia. Top 10: los desnudos guarimberos más incómodos y aterradores”. *Misión verdad* [en línea] <<http://misionverdad.com/la-guerra-en-venezuela/top-10-los-desnudos-guarimberos-mas-incomodos-y-aterradores>> (consulta 9 de abril de 2014).

Redacción. “Maduro se burló y calificó de ‘show’ al joven que se desnudó en protesta”. *El Nacional* [en línea] <http://www.el-nacional.com/noticias/gobierno/maduro-burlo-califico-show-joven-que-desnudo-protesta_178237> (consulta 20 de abril de 2017).

Redacción [en línea] <http://www.caraotadigital.net/opinion/se-llama-hans-wuerich-y-es-mi-alumno-por-juymar-garcia/> (consulta 20 de abril de 2017).